

para la ejecucion tuviera valor y fuerza, y tanto mas cuanto que el mismo autor afirma: que es lícito al hombre hacer todo lo que está á sus alcances.

Ya me parece que al leer estas cosas arrugas las cejas y dices entre dientes: ¿qué Hobbes deliraba? deliraba. Yo digo lo mismo. No sé si me engaño en el juicio que he formado &c.

*Agustin.*

## CARTA XII.

Mexico junio 14 de 1826.

Querido Telésforo: en cumplimiento de lo que te ofrecí por el correo prócsimo pasado, que fué el manifestar, que el supremo Hacedor *es providente y cuida de las acciones de los mortales*; advierto, que ciertos deistas dicen lo que los impíos, de que habla Job: *que las nubes son escondrijo de Dios y que no repara en nuestras cosas*. Se fingen un Dios ciego, á cuya presencia se confunde el vicio con la virtud; un Dios que reparte los bienes y males arbitrariamente; creen indecoroso á la divinidad el cuidar de lo que pasa sobre la superficie del globo; en una palabra, niegan que Dios estableciera el órden y modo que los seres sub-lunares guardan entre sí, y fijará la razon que los encamina á sus fines y con especialidad al último para el que crió al hombre; que es lo que se llama *providencia*.

El verdadero filósofo besa la mano liberal de la providencia, é inclinando la cabeza adora y admira los fines del Criador: sabe, que sacó de la nada

todas las cosas y que cosa alguna puede subsistir ni conservarse sin su concurso. Si la imágen estampada en un lienzo subsiste y persevera, aun despues de que el pintor dejó de la mano el pincel, es porque las materias de que se componen el lienzo y la pintura no tienen su subsistencia ni dependen del pintor; pero los seres criados como que en un todo dependen de su Hacedor, si les faltara su concurso, perecerian y volverian al caos de la nada de donde salieron. Supuesto pues que ecsisten, concurre Dios á su conservacion.

La providencia se funda en la bondad que es esencial á Dios. Escúchame: el que es bueno es providente, el que no es providente no es bueno: por esta razon se vitupera á los racionales y á los irracionales, si no cuidan de sus hijos. Es pues una temeridad, confesar que Dios es criador de todas las cosas, y al mismo tiempo afirmar, que no repara en ellas. Si cualquier artífice procura perfeccionar sus obras y las bien acabadas conservarlas, ¿como quierdes, que un Dios sapientísimo y omnipotente menosprecie las suyas?

El autor del *Buen sentido* desentendiéndose de los fundamentos con que se manifiesta la divina providencia, insulta á la divinidad diciendo: „Las calamidades, las hambres, las guerras, los terremotos... no se tiene dificultad en atribuirlos á un Dios justo y bueno. Sin embargo ¿no vemos que estos azotes caen indistintamente sobre los buenos y los malos?... los devotos se acostumbran á mirar los mas tristes golpes de la suerte como pruebas indudables de la bondad celeste...! Asi es como la religion ha llegado á cambiar el mal en bien! Un profano decia con razon: *si el Dios bueno trata asi á los que ama, le suplico con el mayor rendimiento que no se acuerde de mí.*”

Las calamidades, las hambres y la misma muerte, responderia á ese gran observador de la naturaleza, si es que la observó, son males físicos consiguientes á las causas naturales, que siguiendo el curso de las leyes generales y particulares que les dió su autor, obran indistintamente sobre los buenos y los malos, asi como el sol por las mismas leyes alumbrá igualmente á los inocentes que á los malvados. ¿Y por qué? Porque Dios, como provisor universal deja que las causas naturales obren naturalmente, sin que esté obligado ni á contener ni á variar su curso. Sin embargo el Dios bueno y pródigo dotó al hombre de inteligencia y de discurso para que se precaviera y buscara en la misma naturaleza remedios contra los males que á veces les acarrearán las causas segundas. Mas si el hombre muere, es porque esta es la condicion de su naturaleza. Dios lo hizo industrioso y como á morador de todo el orbe, le proporcionó que abrigando mas ó menos su cuerpo, se conservara en todo temperamento; le dió la facultad de elegir los climas mas análogos á su constitucion individual y la de trasladarse de un pais estéril á uno abundante, y el arbitrio de conducir á su tierra en tiempo de hambre alimentos de otras partes: le dió inteligencia para convertir el veneno en triaca y aun en su propio alimento, como lo hacen los habaneros con la raiz de casabe. ¿Y por qué no hemos de atribuir esto á un Dios justo y bueno? Las vívoras son venenosas; pero sus carnes deleitan, nutren y sirven de medicina. ¿No vemos á los naturales que se saborean con la carne de los alacranes que comen, despues de que les cortan la cola que encierra su veneno? Diariamente se descubren propiedades benéficas en los animales que se juzgan mas nocivos. ¡Ojalá se descubran cuanto antes las virtudes de que están dotados para alivio de la humanidad!

Los terremotos á mas de que están en el orden de las causas naturales suelen traernos algunos bienes. Esperimentamos en esta república, que el año de temblores, lo es de aguas y de abundancia. Y asi compadeciéndome del profano que tan neciamente calumnia al Criador, con sincero reconocimiento, esclamo: *Dios por esencia bueno, bendigo la sabiduria con que gobernais el universo; con que depositasteis incalculables bienes en las mismas cosas, que á nuestra vista aparecen nocivas: adoro vuestra divina Providencia y os ruego, que jamás os olvideis de mí.*

El hombre sujeta al leon y al feróz tigre, se señorea de los mares y se sirve de todas las producciones de la tierra. Con razon pues se cree el favorito de Dios y se imagina, que el universo fué hecho por él. Y si segun el autor del *Buen sentido* „no está seguro un instante de la duracion de su reinado, y bastan los menores átomos para privarle de la vida, y que sirva despues de pasto á los guzanos” es porque la disolucion es condicion del cuerpo, que lo somete á las causas naturales, cuyo curso dirige la Providencia, y es para que el espíritu conozca que por ser inmortal debè aspirar á otro estado mas feliz y en el que no se mezclen trabajos y sinsabores al placer, como acontece en la presente vida. Si no fuese asi, á pesar de su racionalidad y predominio seria de inferior condicion á la de los brutos. A estos no les perturba su reposo, como al racional, la consideracion de los males que les pueden sobrevenir; ni atormentarlos, como á aquel la prevision de los varios disgustos que son frecuentes en la vida social. Y sin culpar á la sabiduria y bondad de Dios, ¿quien se atreverá á decir que enriqueció al hombre de los dones preciosos de que carecen las béstias, para hacerlo mas infeliz que á

estas? Ciertamente fuera así, si no debiera esperar una futura recompensa por sus padecimientos y conformidades.

El mismo autor anónimo para fascinar á ignorantes y á los poco reflexivos, finge este cuento oriental: „En una soledad algo distante de Bagdad, pasaba sus días un monge, á quien regalaban encomendándose á sus oraciones los habitantes del contorno. Lleno de reconocimiento por los beneficios de que lo colmaba la Providencia, emprendió una peregrinacion á Meca, en tiempo en que estaban en guerra los persas contra los turcos. Atravesó los destacamentos enemigos, recibiendo bajo la salvaguardia de un hábito respetado, la veneracion del soldado de ambos partidos. Halla despues para resguardo de los ardientes rayos del sol un retiro encantador, en que no tiene mas que alargar la mano para comer agradables frutas y apagar la sed: se entrega á un apacible sueño, despierta, hace la ablucion sagrada, y trasportado de alegría esclama: ¡Oh al-lah! cuan grandes son tus bondades para los hijos de los hombres.

Regalado y recuperadas sus fuerzas sigue su ruta por floridos campos y frondosas arboledas y no cesa de bendecir la mano liberal de la Providencia; pero llega á la cumbre de un monte, descubre desde allí un espectáculo horroroso y su alma se conmueve: vé en una llanura cien mil cadáveres, miserables restos de una batalla que se acababa de dar. Las águilas, los buitres, los cuervos y los lobos los devoraban á porfia. El peregrino que por celestial favor entendia el idioma de las béstias, oye con sorpresa á un lobo que decía: ¡Oh al-lah! ¡cuan grandes son tus bondades para los hijos de los lobos! Tu sabiduria proveedora tiene cuidado de mandar vértigos á esos hombres detestables y tan perniciosos

para nosotros. Ellos se degüellan y nos suministran comidas espléndidas. ¡Oh al-lah! ¡cuan grandes son tus bondades para los hijos de los lobos!

Ahora atiende con cuidado. Los habitantes cercanos al retiro del solitario procuraban su subsistencia para tener parte en sus oraciones. Los soldados turcos y persas en el tránsito por sus campamentos lo trataban con veneracion segun el cuento. ¿Y qué prueban estas acciones de liberalidad y de respeto? Que ambos partidos creian en al-lah ó en Dios, que es lo que significa aquella palabra arábica; y que reconocian la necesidad del culto exterior á que eran consigüientes las muestras de amor, generosidad y respeto á un monge que aunque no seguía la verdadera religion, en opinion de aquellos estaba consagrado al culto y constantemente adoraba á la Providencia. El peregrino sigue su ruta y cuando menos piensa, descubre á un golpe de vista cien mil cadáveres, oye el discurso de un lobo que hablaba en el esceso de su alegría, se sumerge en un obscuro delirio, y habiendo vuelto en sí esclama: „¡Miserable bruto, no sabes lo que hablas! ¡Como te atreves á burlar la providencia de tu Criador! Ella te conduce á devorar esos cadáveres, sin que puedas con tus afilados dientes inferirles dolor alguno. Si tu voracidad no acabara con ellos, se corromperian en el campo, infestarian la admósfera y sus miasmas causarian una epidemia mas destructora que las mismas batallas. ¡Mira bruto, que el mismo que viste á las aves del aire, cuida en todo tiempo de alimentarte! No te jactes; porque los vértigos de los hombres ahora te suministran espléndidas comidas. Teme, tiembla á la vista de su prevision y ardidés, porque si recelan de tí el menor daño, te harán ¡incauto! caer en el hoyo, donde apenas te atreverás á mirar al manso cordero que esté en él. ¡Insensato! no te gloríes de despezar á un muerto; re-

cuerda de que eres víctima del mismo cuando vive."

Las guerras, ¿quien las enciende? el espíritu de venganza, la vanagloria y otras pasiones con que los grandes ostentan su poder. Para el efecto mueven con frecuencia á los pueblos valiéndose del pretesto de religion, patriotismo &c., y asi sacrifican millares de hombres en las aras del capricho. Asi sucede en las guerras injustas. Estas se mueven por una determinacion que nace de la voluntad cuyo ejercicio no embaraza el Ser supremo, que como provisor universal deja á las causas libres el que obren libremente. Con todo, hace que los remordimientos atormenten al alma del tirano y cruel que injustamente en las batallas espone y sacrifica las vidas de los súbditos. Y me dirás ¿por qué siendo Dios providentísimo concedió á esos potentados el libre alvedrio, que es la causa fatal de tantos infortunios? ¿Qué diriamos de un padre que pusiera en las manos de su tierno hijo una daga, con que sin conocerlo, se hiriera ó quitara la vida? Que era un padre cruel. ¿Y diremos, que el Dios bueno nos fió el libre alvedrio, sabiendo que es el instrumento de nuestra perdicion? ¿Por qué nos hizo libres, para despues castigarnos? Si cuida de nuestras acciones, deben estas necesariamente conformarse con sus divinos decretos, que siendo tan infalibles como su divina presciencia, nuestras voluntades no pueden ser otras que lo que Dios previó y nos determinamos necesariamente.

Oye con atencion la respuesta. Si Dios permite el crimen en los poderosos y en los que no lo son, es por no ofender en nada á su libre condicion, cuyas maldades reprueba. Previo las maldades y los excesos de los hombres y sin embargo los crió, y esto por un efecto de su bondad: los mueve al bien y hace, que la conciencia les reprenda interior-

mente sus delitos, y los ausilia con sus gracias para que abracen lo bueno aun cuando lo rehusan. Queriendo Dios sinceramente la felicidad de los mortales, los que obran mal perecen, porque se obstinan en el pecado, y no por la prevision de Dios. Dios no prevé sino lo que es verdadero; es por ejemplo verdadero y cierto que Juan por su voluntad pecará y que por la misma podrá no pecar; y esto es lo que Dios prevé. Asi tambien el astrónomo por su ciencia prevé la aparicion de un cometa en ciertas horas; aparece este, pero no porque el astrónomo lo previó, sino al contrario lo previó porque realmente habia de aparecer.

No me culpes el que no responda segun el orden de las objeciones; porque si faltó á él, es para que las respuestas aparezcan con mas claridad. Por lo espuesto hasta aqui ya debes conocer que la divina presciencia no coarta la libertad ni coopera á su mal uso. ¿Y por qué Dios nos la dió, sabiendo que nos serviria para la perdicion?

A esto respondo, que es mejor poseer aquello sin lo cual no podemos vivir bien y rectamente, que el no poseerlo. Siendo mejor tener ojos, que el carecer de ellos, siendo asi, que sin ellos se puede conservar la vida, ¿habrá insensato que juzgue á la libertad por ningun bien, no pudiéndose sin ella vivir bien y rectamente? No hay duda en que el libre alvedrio es un verdadero bien, por mas que el hombre abuse de él.

Belio y el autor del *Buen sentido* juzgan á la libertad como una dádiva cruel, y para probarlo se valen del ejemplo del padre que pone la daga en manos de su tierno é inesperto hijo. Yo no encuentro paridad alguna en el caso. Dicho padre incurre en la nota de cruel; porque considerando la condicion de su pequeñuelo, su naturaleza y falta de

conocimiento y de experiencia, debe evitar todo lo que lo esponga á algun precipicio y no poner en sus manos daga para jugar. Esto ecsige la condicion del niño. Mas la libertad es un don escelente, que el hombre poseé por condicion de su naturaleza, á la que acompaña todo el conocimiento necesario para usar de ella, sin el cual el hombre no peca; y por lo mismo no se le debia negar. Tampoco un padre debe arrancar los ojos á su hijo, aunque con toda certeza conozca, que abusará de ellos. ¿Y por qué? Porque los ojos son un bien, que por naturaleza competen al hijo, como la libertad á todo hombre.

Dios lo prevé todo en sus eternos decretos sin que su infalible presciencia infiera coacción alguna, como queda ya indicado. Sin embargo los enemigos de la Providencia, la impugnan de este modo: Dios, dicen, que por su esencia es justo, si cuida de los hombres y de sus acciones. ¿Por qué con tanta frecuencia las calamidades oprimen al justo, al paso que el impío prospera? Esa pregunta, amigo, en vez de deprimir recomienda y realza mas la providencia del Señor del universo. Pues siendo Dios infinitamente justo y sábio permite las aflicciones del virtuoso mientras vive, para que compurgando los leves defectos en que suele incurrir, pueda despues premiarlo sin tardanza: por lo contrario beneficia en esta vida al impío en premio de algunas acciones buenas, que no son dignas de premiarse en lo futuro. Aflije al justo, para radicarle mas en la humildad, y prospera al impío para que reconociendo sus dones, abjure la impiedad. En la adversidad de los unos y en la prosperidad de los otros, se ostenta de un modo muy singular la providencia de Dios para con el hombre. No es indecoroso á la Magestad divina el cuidar del hombre ni tampoco de las cosas pequeñas y viles, como lo sería á la magestad de los que do-

minan sobre la tierra. Lo sería á estos, es verdad, pero porque no pudiendo su limitado conocimiento y poder atender á todos los objetos, sería una cosa ridícula descuidar de las cosas interesantes, para atender á las de poco momento: pero Dios, cuyo poder y ciencia no reconocen límites, lo sabe todo y todo lo puede, y el atender á todo, lejos de serle indecoroso, es una manifestacion de los atributos de su infinito poder y ciencia.

Los que toman á su cargo la defensa de alguna mala causa, regularmente se valen de las armas vedadas del sarcasmo; pero yo los veo con desprecio: y á mi parecer con las doctrinas que dejo apuntadas puede cualquier resistir y vencer al enemigo de la divina Providencia; cuya alma debe ser atormentada por su íntimo sentido, y acusándola sin cesár todas las cosas que la rodean, no hallará lenitivo alguno en sus errados principios. Espero me contestes con prontitud &c.

*Agustin.*

### CARTA XIII.

*Julapa junio 21 de 1826.*

**A**preciable Agustin: te agradezco en gran manera el particular empeño con que trabajas para aclararme las verdades, de cuyas luces apartamos la vista en nuestra juventud por un espíritu de novedad, por inesperienza y falta de reflexion. No seré ahora lacónico como otras veces por no hallarme con tantas ocupaciones como suelo.

*Tom. I.*

Amigo, aquellas palabras con que concluyes tu carta: *no puede hallar lenitivo en sus errados principios*, me dan á entender, que estás en ánimo de persuadirme, que aquella clase de deistas que niegan la providencia y derecho natural, no hallan en su sistema cosa alguna que pueda *aquietar las conciencias de sus prosélitos ni las suyas propias*. Escúsate de esta molestia; porque esto naturalmente se infiere de la bondad ó malicia que nuestras acciones tienen por su misma naturaleza, y se comprueba por la tal cual moralidad, que vimos guardaban los deistas en todos los países donde estuvimos. Su conducta en lo general era conforme á sus conciencias y no á sus doctrinas. Sí, amigo, la inmoralidad no aquietaba el espíritu, y es consiguiente á su sistema. Y si no dime, ¿qué freno podría contener al que no conoce otra regla de moralidad, que la utilidad propia, su antojo ó su placer? ¿al que le es indiferente beneficiar ó dañar? Con todo, á pesar del sistema, la conciencia roe el corazón del que lo sigue. Vanino perverso por sistema, estando encarcelado en Tolosa, no pudo acallar los remordimientos de conciencia que lo devoraban: renunció á sus doctrinas, y por la agitación de espíritu vino á enloquecerse, al sufrir la pena de muerte á que fué condenado. (1)

No me tengas por tan simple que crea que estos que no pueden aquietar su espíritu, puedan aquietar la conciencia de sus prosélitos. El sistema es tan débil, que los que mas se jactan de ser sus secuaces, al instante en que peligran sus vidas se acobardan, se atemorizan y creen que las llamas del infierno empiezan á atormentarlos. Entonces se acogen á Dios y claman por sus auxilios, sin acordarse, de que poco antes lo consideraban ciego y

(1) *Hist. Gall. lib. 3.*

que no cuidaba de nosotros. Acuérdate del gracioso suceso que presenciámos en la tormenta que padecimos, navegando por el golfo de las yeguas, y advertirás cierta semejanza al que refiere Mr. de Ramsayt. Este nos cuenta, que habiéndose embarcado de Italia para Francia, iba en su compañía un pasajero deista, que molestaba á todos por la tenacidad con que sin cesar burlaba las religiones natural y católica. Sus producciones causaban horror á unos y enfadaban á todos. Pero desapareció su terquedad y su orgullo en el instante mismo en que se levantó una deshecha tormenta. Empezó á gritos á invocar á Dios y á los santos, y con voces fervorosas entre otros nombró á san Dionisio Alicarnaso. Duró su devoción todo el tiempo de la tempestad. Calmó esta y siguió su viage taciturno, con los ojos bajos y avergonzado. No es pues de desear la paz en que descansa el espíritu de semejantes deistas. Yo no la quiero; porque al mejor tiempo falta.

De tal modo se turbó el alma de aquel deista, que poco antes hacia alarde de negarse á los sentimientos que la madre común la naturaleza imprime en nuestros corazones, que recordando las preocupaciones religiosas en que lo educaron, á vista del peligro se salió de sí; y sin que en él obrara la razón, se acogió al patrocinio de los santos, que le hicieron sus padres creer en la infancia que eran poderosos intercesores para con el Todopoderoso.

Tal sistema tiene inquieto el corazón: en él no se halla tranquilidad y sosiego: ya lo sé; pero quisiera que me respondieras con claridad al argumento que en tu última carta te propones en estos términos: „no habiendo Dios concedido al hombre *inútilmente* sus facultades y poder, le es lícito todo lo que puede.” El argumento es poderoso, supuesta la

verdad, de que Dios y la naturaleza no obran en vano. La solución que diste es buena, pero no es directa como yo deseo.

Después de que me respondas á esta dificultad, muéstrame con razones si puedes, que el Dios que repara en nuestras acciones premia la virtud y castiga al vicio después de la disolución de nuestros cuerpos y si el premio y castigo serán ó no eternos. Mi corto talento no alcanza á comprender, que sea conforme á las leyes de la justicia, que los delitos momentáneos se sujeten á una pena sin fin. Me choca tanto, que me parece que ni tú ni el sábio Bial podrán en esta parte convencerme. Saluda á ese amable filósofo con toda la expresión del afecto que te profesa tu amigo.

*Felísforo.*

## CARTA XIV.

*México junio 28 de 1826.*

**M**i siempre amado compañero: ya te convenciste de que la idea de bondad ó malicia de las acciones humanas no nace de las preocupaciones de la infancia ni de la educación. Sin embargo, ahora me arguyes con las mismas en el ejemplo ó dígame chasco del deista, que olvidando su sistema, turbado el cerebro, acordándose, según insinúas, de las doctrinas que aprendió en su niñez, no halló otro espediente en el peligro de la borrasca, que el de invocar á los santos. Sus clamores, compañero, no nacieron de preocupación alguna. Las preocupaciones, atien-

de, sean las que fueren, ejercen igual influjo en nosotros. Y siendo esto así, dime ¿por qué los que fueron educados entre ateístas, y materialistas, los turcos y politeos si se convirtieron una vez á la fé del Crucificado, hallándose en semejantes conflictos no apelan á las preocupaciones de su infancia sino á las misericordias de Dios por medio de la invocación á los santos? El convencimiento de la verdad desvanece las preocupaciones.

Al argumento de que hacen tanto caudal los deístas, para darle toda la fuerza de que es susceptible, puedes añadir con el autor del *Contagio Sagrado* (1), que el enfermo de gravedad (no lo está el que se acobarda durante una borrasca), estenuadas las fuerzas, recela, teme y por lo mismo volviéndose supersticioso, con facilidad se acoge á las ideas religiosas en que piensa hallar consuelo. ¿Esto puede verificarse? Si el entendimiento en su vigor no puede por sí solo; si necesita según ese mismo autor de las preocupaciones de la infancia y de la educación para sobreponerse á las ideas que la naturaleza inspira y para asentir á las doctrinas del cristianismo, ¿como el deista sin el auxilio de aquellas preocupaciones debilitada su inteligencia, eleva su alma á la creencia de aquellas verdades que no le aclara la luz de la razón? Con todo frecuentemente acontece. ¿Será acaso porque se acobardan? El hombre miedoso cuando está atemorizado naturalmente se acoge como en sagrado, á las ideas con que fué nutrido. ¿Por qué pues el deista de que hablo las abandona y busca su consuelo en el favor de los santos, cuando el católico se confirma más en ellas y en la religión santa que profesa? Porque el deista y el que no lo es, mirando solamente por su felicidad

(1) *Tom. 1. c. 1.*